

XX

SALIDA PARA EL BAILE

Á eso de las ocho de la noche, la señora Bertrand entró en el cuarto de Blanca, llevando al brazo, un montón de sedas y terciopelos.

La joven estaba en el saloncito enrejado, en el que la hemos visto despertarse al principio de su cautiverio, y, muy tranquilamente, acababa de cenar.

— Niña querida — le dijo la vieja — vengo á vestirla para el baile. He aquí dos disfraces, de los cuales uno está destinado para usted. Son trajes de georgiana. Mire qué lindos son: con él estará usted tan bella como un ángel.

Y al mismo tiempo, presentaba los vestidos á los ojos de la señorita de Nevers.

Los dos son exactamente iguales — añadió — á no ser que uno es mayor que otro. Vamos á probarlos, para ver cual le viene mejor.

Desde su desmayo, causado, como sabemos, por el

tiro de un soldado demasiado celoso de su deber, la hija del duque Felipe, queriendo creer en la sinceridad de la Bertrand, y persuadida, por las últimas palabras de ésta, de que había conversado con su hermano, trataba de mostrarse menos altiva con ella y no se rebelaba sino interiormente por la familiaridad de sus expresiones.

No contestó á las palabras de su guardiana, pero se dispuso á la prueba que le pedían.

Como había dicho la señora de Coislin, el traje de georgiana estaba muy en boga en aquella época.

Había sido traída la moda á París por un rico habitante del Turkestán, que, el año anterior vino con su mujer y sus hijas á visitar la capital.

La originalidad del vestido de éstas últimas había seducido inmediatamente á todas las damas de la corte, las cuales se apresuraron á adaptarlo para sus bailes de máscaras.

Componíase de una chaquetilla corta de terciopelo, guarnecida con elegantes arabescos de oro y muy abierta por el pecho para dejar ver una finísima camisa de lino de resplandeciente blancura, que caía, en ligeros pliegues, hasta poco más abajo de la cintura; un pantalón ancho de seda que llegaba muy abajo y se abotinaba en los tobillos; babuchas de punta encorvada hacia arriba y cubiertas de piedras preciosas, y, en fin, una gorra redonda en forma de copa que se colocaba en la parte trasera de la cabeza, en donde quedaba sostenida por una gruesa trenza de cabellos en la que se apoyaba.

Bajo este gracioso vestido, la belleza de las mujeres, sobre todo de las jóvenes, adquiriría poderoso encanto.

Por eso lo había escogido madama de Pompadour para resaltar las ventajas con que la naturaleza había favorecido á la hermana gemela del marqués Enrique.

Así que la joven se hubo probado los dos trajes, decidióse por el más estrecho, que se adaptaba mejor á su tamaño.

La Bertrand ratificó su decisión.

— Tiene usted razón — le dijo ; — este es el que le conviene, el otro es realmente demasiado ancho y sería bueno para una persona algo gruesa. Con él, parecería que estaba usted como Cami...

Mordióse la lengua para no acabar la palabra ; luego, á fin de que Blanca no notase esa restricción súbita, añadió :

— Pero vamos, ahora que ya está usted vestida, vamos á pasar á su tocador. Todavía tenemos muchas cosas que hacer para adornarla del todo.

Y ambas salieron del cuarto enrejado, dejando en él el traje que creyeron inútil.

Apenas hacía cinco minutos que el cuarto estaba vacío, cuando se deslizó despacito una sombra por la puerta que había quedado entornada, se apoderó del traje abandonado y huyó sin que sus pasos produjeran el menor ruido.

Media hora después, cuando había concluido el tocado de Blanca y cuando las dos mujeres volvieron al saloncito en que la joven debía esperar la llegada del supuesto príncipe polaco, se oyó por fuera un ruido

de seda, y casi en seguida apareció madama de Pompadour, la cual, muy sonriente, acercóse á la señorita de Nevers.

Muy sorprendida y enfadada porque una « extraña » penetrase en sus habitaciones con la misma desfachatez que hubiera entrado en su casa, la altiva hija del duque Felipe, con su franqueza habitual, iba á amonestar, acaso algo severamente, á la intrusa, cuando la señora Bertrand, acostumbrada ya al carácter sombrío de su joven cautiva, y adivinando sus intenciones en la expresión particular que acababa de adquirir su fisonomía, creyó, para evitar una escena desagradable, deber hacer una especie de presentación.

— Una amiga del señor príncipe, señorita — dijo, al tiempo que su mirada, que quería recomendar prudencia, se cruzaba con la de la favorita, algo sorprendida.

— ¡ Ah ! — exclamó Blanca, olvidando en seguida su enfado.

— Sí, hija mía — apoyó madama de Pompadour, entrando pronto en el papel que creía tener que desempeñar, — una de sus mejores amigas, y en esa calidad me envía á decirle que no cuente con él para acompañarla al baile de la señora de Coislin. Un asunto de cierta importancia le retiene ahora al lado de la reina, su pariente, como quizás sepa usted, y, á pesar suyo, le obliga á faltar á su palabra.

— ¡ Cómo ! — exclamó tristemente la joven, — ¿ no me presentará al rey esta noche ?

— Sí, señorita ; le encontrará usted en Chevreloup,

adonde va á ir así que esté libre, es decir, dentro de una hora poco más ó menos. Lo único que me encarga es que diga á usted que él no puede acompañarla como le había prometido.

— En ese caso, ¿quién va á llevarme?

— Yo... si no le es á usted desagradable mi compañía... Ya ve que también estoy yo en traje de baile — añadió la marquesa indicando el vestido que llevaba y que era el de una dama de la corte de Enrique III, vestido que le sentaba admirablemente, á pesar de sus cuarenta y tres años cumplidos.

— Ya que es usted amiga del príncipe Kzinski, consiento gustosa en seguirla, señora, — repuso Blanca; — pero, por favor, le ruego, que, una vez en el baile, no se separe de mí hasta que llegue ese señor, pues, de lo contrario, si me deja, aunque sólo sea un momento, no sabré lo que hacer y me veré perdida.

— Se lo prometo formalmente, señorita. No me apartaré de usted hasta ponerla en manos del príncipe.

— En ese caso, señora, podemos salir cuando usted guste.

— ¡Pues bien! venga usted... mi carroza está á la puerta.

Y después de echar una última ojeada al vestido de la señorita de Nevers y cerciorarse de que ésta aparecía realmente encantadora, la señora de Pompadour se llevó á aquella virgen altiva que, como á tantas otras, pensaba sacrificar en el altar de su tenaz ambición.

En cuanto la señora Bertrand se vió sola, quiso recoger el traje que había quedado en el salón y cuya des-

aparición no había notado aún; pero, por más que lo buscó en todas partes, no pudo conseguir encontrarlo, lo cual le produjo un asombro sin límites y, finalmente, se resignó á creer que algún espíritu maligno se habría apoderado de él.

No había mentido madama de Pompadour al decir á Blanca que el rey se había quedado con la reina detenido por un asunto de cierta importancia.

Hacia ya mucho tiempo que María Leczinska padecía una enfermedad que debía hacerla perecer cuatro años más tarde, y que era una inflamación en los intestinos producida por el abuso de manjares cargados de especias.

En consecuencia, era á menudo presa de terribles dolores de entrañas que sobrevenían inopinadamente y la torturaban con tal violencia que, mientras los padecía, parecía á cada momento próxima á expirar.

Ahora bien, después de la comida de la noche, había sido víctima de un ataque tan rudo de su mal, que las personas presentes, temiendo un desenlace fatal, habían enterado á Luis XV, el cual, aunque se estaba preparando para ir á la calle de Saint-Médéric, no titubeó en correr al lado de su esposa, pues ya que la había abandonado durante su vida, quería hallarse presente cuando menos en sus últimos momentos.

Pero aun no había llegado la hora de la desgraciada mujer; combatida la crisis por un médico llamado á toda prisa, había disminuído de intensidad y no ofrecía ya ningún síntoma alarmante.

Entonces se le escapó del pecho un gran suspiro de

alivio, tanto por el placer que sentía de ver á « su pobre María » fuera de peligro — porque, á pesar de la soledad en que la dejaba, sentía hacia ella vivo afecto — como porque, de ese modo, podía asistir á la fiesta de la señora de Coislin.

De todos modos, teniendo escrúpulos para separarse de la enferma antes de su completo restablecimiento, fué á entenderse con la favorita para que ésta acompañase á Blanca al baile, adonde él pensaba ir poco después.

La marquesa, que también debía asistir á la fiesta y que estaba ya armada, se encargó muy á gusto de tal cometido, no sin tener la precaución de describir á su egregio amante el disfraz de la señorita de Nevers, con objeto de que, en caso de que se separasen una de otra, lo que no era probable, aunque sin embargo podría ocurrir, pudiera reconocerla fácilmente el monarca, á pesar de la máscara que cubriría sus facciones.

— Mejor es — le dijo el rey — que permanezcáis retiradas hasta que yo llegue, Juana.

— ¡ Eso es ! Procuraré buscar un lugar aislado, y en él estaremos hasta que usted venga. Y en cuanto llegue, le llevaré á la joven ; así podrá usted entrar con ella.

— Convenido.

Y dicho esto, volvióse Luis XV junto á la reina, en tanto que la Pompadour se encaminaba al Parque de los Ciervos.

La fiesta que daba aquella noche la marquesa de

Coislin salía de las reglas de la etiqueta, que exigían — como hoy — que una mujer, para *recibir*, tuviera marido.

Pero, si en nuestros días no se admitiría semejante cosa, en el siglo pasado se cerraban de buena gana los ojos sobre esa infracción de los usos establecidos, y eran bastante frecuentes las fiestas de esa clase, empezadas bajo la Regencia.

Y Luis XV, á imitación de su tío, era el primero que acudía gustoso á ellas, como puede verse al haber aceptado la invitación de la marquesa.

Ahora bien, allí no era rey. Respetuosísimo siempre de su propia Majestad, cuyo prestigio nadie custodiaba mejor que él, en dichas fiestas, lo mismo que en la casita de la calle de Saint-Médéric, pasaba por el príncipe Boleslas Kzinski.

Desde las nueve, era ya grande la muchedumbre en los salones del castillo de Chevreloup, cuya imponente mole, iluminada de arriba abajo, resplandecía en medio de la noche como un faro gigantesco y precipitaba por las carreteras á los habitantes de Roquencourt, de Rennemoulin y de Fontenay Fleury, quienes no siempre podían presenciar tal espectáculo.

La Coislin había hecho suntuosamente las cosas.

Todo era de lujo y magnificencia inauditos.

La fiesta se verificaba en la planta baja y en el primer piso.

Arriba se bailaba ; abajo, se paseaba, hablaba ó jugaba.

Abajo también era donde se había dispuesto el prin-

cipal salón de recepción, en donde estaban las personalidades notables y la flor y nata de la nobleza.

Todo el mundo iba disfrazado y llevaba careta, excepto la marquesa de Coislin que, en calidad de ama de casa, tenía la faz descubierta y ostentaba un suntuoso vestido de corte, cuyo cuerpo, muy descotado, disimulaba muy poco los encantos de su cálida encarnación.

Así lo reclamaban los usos.

La bella italiana hacía los honores de su casa con gracia perfecta, y, al verla sonriente y atenta con todos, al oírla hablar á diestro y siniestro ó narrar alguna historia picante acompañada de picarescas sonrisas, nadie hubiera podido sospechar que antes de vestirse el traje de baile había matado á un hombre cuyo cadáver yacía en el oratorio.

No obstante, de haberla observado atentamente, notaría que á intervalos sacudía bruscamente la cabeza, como para alejar de su imaginación una idea importuna, al tiempo que sus dedos apretaban nerviosamente el mango del abanico y que sus miradas se fijaban de repente en un punto del espacio cual si contemplasen algún objeto visible sólo para ella.

Pero eso era tan rápido, que nadie podía notarlo, á menos de estar prevenido.

Aun no había introducido á Luisa en los salones.

No quería hacerla entrar hasta que llegase el rey, con objeto de que se presentase á éste en todo su esplendor, esplendor que quizá se empañase algo si la joven sufriera antes las fatigas de la noche.

Hacía un momento que se hallaba madama de Pompadour en el castillo; pero, según lo convenido entre el monarca y ella, estaba aparte con Blanca, en un saloncito de la planta baja, en donde reinaba una soledad casi completa y donde, gracias al antifaz con que había tapado su rostro así como también el de la joven, le era fácil conservar el incógnito.

Tuvo el cuidado de entenderse previamente con las señoras de Hausset y de Mirepoix, que le habían precedido en llegar á la reunión y á quienes discretamente pudo anunciar su venida, á fin de que cualquiera de ellas la avisase la llegada del rey.

La fiesta se animaba por momentos.

Mientras que los bailes se sucedían en el salón á este efecto destinado, en la planta baja se jugaba y charlaba á más y mejor.

Y sobre todo se hablaba, porque, sin saberse la precedencia, acababa de correr el rumor de que su Majestad entraría acompañado de una joven belleza, una nueva conquista cuya perfección rayaba en lo ideal.

Ese rumor era el tema de todas las conversaciones.

— ¿Quién puede ser esa huri? ¿De dónde sale?... ¿Cómo la habrá descubierto, el rey? — preguntaban unos.

— Seguramente no será él quien la haya descubierto — objetaban otros. — Ya sabe usted que la Pompadour no permitiría que él escogiera una amante por sí mismo. Por consiguiente, es casi seguro que también sea esta vez alguna criatura de la marquesa.

— ¿En ese caso, será, pues, alguna reclusa de allá...

— dijo un tímido á quien el nombre del Parque de los Ciervos hubiera quemado la lengua.

Claro es que la señora de Coislin, lo mismo que las de Hausset y Mirepoix, hubieran podido hacer cesar esa incertidumbre; pero como tenían que fingir no saber nada del asunto, se guardaron mucho de hablar.

Por eso se esperaba con viva impaciencia la llegada de Luis XV.

Á eso de las diez, mientras se continuaba charlando en los salones, y en el momento en que la curiosidad general había llegado á su colmo, se detuvo ante la escalinata del castillo una carroza muy sencilla, sin el menor aparato.

Era el rey que llegaba.

La crisis de la reina había concluído, y él podía divertirse á su antojo.

Fiel á la regla que se había impuesto de despojar á « Su Majestad » cuando tomaba parte en reuniones no oficiales, no llevaba consigo escolta ni piqueros que anunciaran su presencia.

Sin embargo, no estaba solo. Le acompañaba uno de sus más íntimos familiares, el duque de Ayen.

Éste, que era hombre de ingenio, le divertía á veces con su conversación ó con el relato de multitud de anécdotas jocosas.

En cuanto el soberano tenía cualquier motivo de tristeza, mandábalo llamar y le decía :

— Querido Ayen; tengo cosas negras en el alma; quítemelas contándome algo agradable.

Y el duque, que siempre tenía buena provisión de

cuentos, narraba dos ó tres aventuras picantes, acaecidas generalmente á personas conocidas del monarca, y que, por el modo de contarlas, adquirían un relieve muy especial.

Nunca resistía la tristeza del rey á este dictamen, y la ruidosa risa que dejaba oír indicaba claramente la fuga de las ideas sombrías.

Aquella noche, Luis, á quien la indisposición de la reina había contrariado un tanto, llamó también al duque para que lo distrajera.

— Venga conmigo, duque — le dijo. — Voy á Chevreloup, á casa de la marquesa de Coislin, y como no quiero llevar allí melancolía, hágame reír algo durante el camino, para sosegar mi espíritu.

Ayen obedeció, y así que se pusieron en el coche, comenzó á cumplir su oficio de narrador.

El remedio produjo su acostumbrado efecto, y un cuarto de hora después el rey estaba muy contento.

Alegróle especialmente la última anécdota contada por el duque, cuyos héroes eran el conde de Lauraguais, par de Francia y literato distinguido, el intendente del Poitou y la esposa de éste.

La cosa había ocurrido aquel mismo día.

El conde se hallaba en un coche de alquiler, no se sabe por qué, y cruzó, en una callejuela, con un soberbio carruaje que ocupaba dicho funcionario con su señora, mujer extremadamente fea.

Detenido el intendente en su camino por un vehículo de tan humilde condición, asómase á la ventanilla y ordena al coche de alquiler que retroceda.

Lauraguais, ofendido, se asoma á su vez y prohíbe al cochero que ceda un solo palmo de terreno.

El provinciano, que reconoció al conde, empezó á disculparse. Pero éste, de carácter arrebatado y difícil de calmar, le interrumpe bruscamente y exclama con rabia :

— ¡Qué importa quien yo sea! Á usted es al que hay que preguntar quién es para hablar tan altivamente aunque sea á un simple particular.

Llegada ahí la discusión; la intendenta, oculta hasta entonces en el fondo del carruaje, se asoma de repente para decir al señor de Lauraguais que su tono descortés no cuadra bien á un hombre distinguido.

— ¡Ah! ¡dispéñeme, señora — repuso al instante el conde, espantado al ver aquella cara simiesca que se le presentaba sin estar él preparado, — si se hubiese usted dejado ver antes, el cochero, los caballos y yo hubiéramos retrocedido inmediatamente!

XXI

¡FUERA CARETAS!

Todavía se estaba riendo de esa salida Luis XV, cuando hizo alto la carroza.

El monarca y el duque se apearon, subieron por la escalinata y penetraron en el vestíbulo.

Como el duque acababa de adelantarse para preparar el paso al rey, apartando las cortinas que había por el camino, este último sintió de pronto un brazo que se deslizó bajo el suyo asiéndolo fuertemente.

Algo sorprendido por tan audaz familiaridad, miró á la que se atrevía á permitírsela, y su asombro se trocó en estupefacción al ver que era una mujer disfrazada, muy joven, á juzgar por lo que de su rostro se veía, y vestida de georgiana, traje con que la Pompadour le había dicho que iría Blanca.

¿Sería, pues, ella, la que estaba á su lado?

Dando media vuelta hacia la desconocida, empezó á examinarla para salir de dudas.